EL CUERPO Y LA «PERCEPCIÓN» DE LO SAGRADO

1. La experiencia del aura

Escuchar los sonidos del día como si fueran acordes de la eternidad
Karl Kraus

Caminar despacio contemplando el celeste radiante de una mañana de otoño. Los rojos, ocres, amarillos, marrones y verdes de las copas de los árboles, los rayos de sol colándose entre las ramas iluminando una tenue bruma, resto del rocío nocturno.

Leer un texto profundo que ordena y ensancha el alma con sus revelaciones.

Maravillarse con un poema que trenza con transparencia contenido y forma.

Habitar una noche de verano, el ritmo de sus grillos, el aroma de azahares reflejando el blanco de la luna.

Hallar consuelo en el gesto grave de intimidad cómplice del amigo que nos acompaña en una circunstancia dolorosa.

Todas esas realidades que percibimos en su densidad corporal propia, emergen a nuestra sensibilidad dejando una estela que nos sugiere que allí hay algo más. Constatamos un parentesco, una connaturalidad entre nuestra subjetividad y la realidad natural o cultural genuina que nos permite entrar en comunión con ella. Pero a la vez y gracias a la misma connaturalidad percibimos que allí hay algo más que no terminamos de abarcar; experimentamos una cierta desproporción que nos mantiene a distancia. Hay «algo» que excede el paisaje, que excede el poema o el texto y es esa dualidad de connaturalidad y presencia desde el exceso lo que hace que la realidad nos resulte fascinante. *Lo que aquí cae bajo los sentidos,* dice Edith Stein, *es expresión de algo espiritual, que pide ser asumido por el alma para aportar vida a ella.* [1]

Ese «algo más» a que nos referimos aparece en algunos autores bajo el nombre del «aura». Dice Walter Benjamin por ejemplo que el aura de un paisaje o de una obra de arte es *la manifestación irrepetible de una lejanía, por cercana que pueda estar*.[2] Cuando intenta dar una mayor precisión a su definición sostiene que la lejanía que manifiesta el aura de un ser, se relaciona con las raíces con que emerge de lo sagrado. Emparienta el aura del objeto

---

[1] Edith Stein, *Endliches und ewiges Sein*, Nauwelaerts- Freiburg, Herder 1950, p. 400 Traducción de Emilio Komar. En la versión castellana, Edith Stein, *Ser finito y Ser eterno*, Mejico, F.C.E., 1996, p. 44

[2] *La obra de arte en la época de su reproductibilidad técnica*, en *Discursos interrumpidos I* , Bs. As., Taurus, 1989, p. 26

artístico con el origen cultual del arte; esta definición del aura afirma, *no representa otra cosa que la formulación del valor cultual de la obra artística en categorías espacio temporales*.[3] Benjamin se refiere principalmente a la obra de arte –aunque en su ejemplo menciona también el aura de un paisaje-, pero el pensamiento de la tradición patrística oriental usa una categoría similar aún para el ámbito de la naturaleza, obra de arte del Creador, ennoblecida en su dignidad por el acontecimiento de la Encarnación y la Pascua, cuando se refiere en un sentido figurado a la «liturgia cósmica» de los seres creados[4].

El aura, es un aspecto de la realidad por el que las cosas parecen susurrarnos "quaere super nos", como dice San Agustín[5]. La experiencia del aura puede ser interpretada como una cierta percepción de la realidad en su aspecto de participación del Ser infinito. Nos abre una puerta de acceso a lo divino, permite una cierta vivencia natural de lo sagrado.

De ahí que Santo Tomás afirme: *Las criaturas en cuanto de ellas depende no apartan de Dios sino que llevan a El. Pero el que aparten de Dios sucede por culpa de aquellos que se sirven de ellas insípidamente.*[6]

La cuestión de la Summa en que se ubica esta afirmación pertenece al tratado de la creación corpórea, que se encuentra atravesado por el intento de expulsar cualquier viso de maniqueísmo[7] que pudiera ensombrecer la comprensión de la excelencia de la creación, pues *en cada criatura por el hecho de existir, está reflejado el ser divino y su bondad*.[8] Santo Tomás «del Creador», lo llama Chesterton, y vincula su filosofía a la vigorización de la dimensión corporal de lo creado frente a la mirada del hombre de su época. Vigorización también presente en la espiritualidad de otro grande de su tiempo a quien rinde homenaje en el mismo libro, San Francisco de Asis[9].

Tomás a *Creatore*, subrayará Josef Pieper más tarde, el nombre que le ha dado Chesterton[10] para destacar que en su pensamiento una creación consistente, rica en cualidades, de gran densidad ontológica, y hasta dotada de eficiencia propia, exalta la

---

[3] Ibidem
[4] Cfr. Paul Evdokimov, *El arte del icono, teología de la belleza,* Madrid, Claretianas, 1991, c. IV; Olivier Clément, *Sobre el hombre,* Madrid, Encuentros, 1983, c.VII
[5] *Confessiones,* X, 6, 9
[6] "creaturae quantum est de se, non retrahunt a Deo, sed in ipsum ducunt. (…) Sed quod avertant a Deo, hoc est ex culpa eorum qui insipienter eis utuntur.", I, 65, 1 ad 3
[7] Cfr. el comentario introductorio al Tratado (I, c.65-74) de E.Rodriguez Gutierrez, O.P., de la edición Madrid, BAC, 2001
[8] S.Th. I, 65, 2 ad 1
[9] Cfr. G. K. Chesterton, *Santo Tomás de Aquino,* Bs. As., Lohlé, 1986. La referencia a Tomás del Creador, en p. 106
[10] Cfr. *Creaturidad y tradición,* Bs. As., Fades, 1983, p. 15

grandeza de su Creador, pues *en la propia subsistencia y en la propia eficiencia de la criatura se pone de manifiesto la fuerza creadora de Dios.*[11]

El aura de lo real, su señalar más allá de sí como por exceso de ser, es una cualidad que irradian los seres, por la que testimonian a Quien los causa y sostiene.

"Percepción" del aura. Con el término percepción buscamos sintetizar el hecho de una captación personal sensitiva, intelectual y afectiva de lo concreto. Pero esta percepción, con las implicancias gnoseológicas y éticas que ya se adivinan, tiene algunas condiciones de posibilidad. Eso alude quizás Santo Tomás cuando señala que en las criaturas *el que aparten de Dios sucede por culpa de aquellos que se sirven de ellas insípidamente*.[12]

2. El oscurecimiento del aura

La velocidad transforma el punto en línea.
Paul Virilio

Vivimos una época que vulnera las condiciones de posibilidad de la experiencia del aura.

El contexto en el que aparece la definición de Benjamin diagnostica el ocaso del aura en el modo de percibir lo real de la sociedad de masas. Estas, afirma, tienden a "acercar, a anular la lejanía", a "eliminar el carácter de singularidad de un ser" y su dimensión de "permanencia"[13]. Adorno y Horkheimer interpretan esas características del modo de percepción actual, como un punto de llegada del espíritu del iluminismo que ha impregnado la cultura occidental los últimos siglos. Su promoción de la autonomía de la razón formalista, cuantificadora, del espíritu de dominio frente a lo real ha embotado la capacidad de percepción que sólo capta allí un material amorfo, a transformar por la praxis positivista técnica y económica[14]. Más cercano a nosotros, Philipp Lersch también responsabiliza al racionalismo y la racionalización del sistema que éste arrastra, por generar la extroversión y "desinteriorización del hombre" quien en su manipulación de los seres "pierde el contacto directo con la vida", y por lo mismo la experiencia "del carácter sagrado de lo real"; lo acusa

[11] *Filosofía medieval y mundo moderno,* Madrid, Rialp, 1979, p. 354
[12] …" sed quod avertant a Deo, hoc est ex culpa eorum qui insipienter eis utuntur." S.Th. I, 65, 1 ad 3
[13] Cfr. Op. Cit., p. 24-25. Benjamin desde la estética marxista y antifascista que profesaba en esa época de su vida, hace un balance positivo de la pérdida del aura, que Adorno refutará en cierta medida más adelante por promover características que tienden a conservar el sistema de opresión. Cfr. T.W. Adorno, *Sobre W.Benjamin,* Madrid, Cátedra, 1995, p. 138 y ss.
[14] Cfr. *Dialéctica del Iluminismo,* Bs. As. Sudamericana, 1987, c. I

en definitiva del empobrecimiento de la experiencia humana que empuja a las personas a actividades compensatorias para llenar el vacío que corroe su vida[15].

Es interesante señalar que para los mencionados pensadores y muchos otros el oscurecimiento del aura se halla vinculado a un cierto nihilismo presente en la atmósfera del mundo contemporáneo, entendido éste como producto de dos agentes históricos interrelacionados: uno teórico, el racionalismo y sus derivaciones, y otro práctico, el sistema capitalista que transforma todo valor en valor de cambio[16]. Parecería ser que el sistema tiende a generar el tipo de hombre que necesita para seguir adelante con las coordenadas que lo hacen posible. La fascinación por el aura definitivamente haría disminuir el consumo y la producción y por lo tanto los beneficios en términos de capital.

Para captar ese «algo más», la densidad de lo real, o en otras palabras su perfil de verdad, bondad y belleza que se abren al infinito y poder alimentarse y enriquecerse con ello, el hombre debe situarse frente al mundo de una manera adecuada. Este modo de relación con el mundo que permite entrar en comunión con los seres, es hecho posible en parte por la virtud de la templanza.

3. Templanza

Sólo un corazón puro, aprhehende lo bello.
Josef Pieper

La templanza es la virtud que ordena las fuerzas dirigidas a la conservación[17]. Podríamos interpretar la *hybris* resultante del espíritu de dominio del iluminismo como un desorden en la búsqueda de la conservación, pues *el iluminismo buscó quitar el miedo a los hombres y convertirlos en amos. Pero la tierra enteramente iluminada resplandece bajo el signo de una triunfal desventura.*[18] El espíritu de dominio, la instrumentalización aún del ser humano, tiñen el modo en que el hombre se relaciona con los seres, y paralelamente son rasgos comunes a todas las formas de intemperancia. La intemperancia sostiene Pieper, produce una

[15] Cfr. *El hombre en la actualidad*, Madrid, Gredos, 1973.
[16] Karl Marx, y el poeta Charles Baudelaire, entre otros destacan la pérdida del aura provocada por un cierto "nihilismo del capital" Cfr. el estudio de Marshall Berman, *Todo lo sólido se desvanece en el aire*, Madrid, Siglo XXI, c. II y III
[17] Cfr. S. Th. II-II- q. 141, a. 4
[18] T.Adorno.-M. Horkheimer, *Dialéctica del iluminismo*, p.15

autodestrucción por degeneración egoista[19] provocada por las fuerzas que luchan por la supervivencia en su mal trato con lo real.

Templanza e intemperancia se vinculan a la posibilidad de riqueza o pobreza de la experiencia humana, en la medida en que facilita una y dificulta la otra la comunión del hombre con el mundo, de las facultades con los objetos que le son connaturales. La búsqueda de la supervivencia si es ordenada, repercute positivamente no sólo en las formas específicas de la templanza, castidad y sobriedad, sino en todo el dinamismo del sujeto, como lo atestiguan la mansedumbre[20], la humildad[21] y la *studiositas*[22], formas derivadas de la templanza en el irascible, la voluntad y la inteligencia.

La templanza es orden interior al apetito concupiscible y reflejo del orden de los seres, pues la *regula rationis*, que es la forma de la virtud, tiene por modelo el orden mismo de la realidad,[23] que se irradiará en el modo como el hombre se disponga en general en su relación con el mundo. Mediante esta virtud el ser humano logra una cierta ubicación «afectiva» en el orden de lo real desde la cual puede desarrollar una relación adecuada con los seres, gozar de ellos[24] y enriquecerse con ellos. Gracias a la *studiositas*, por ejemplo, el hombre se abre al objeto de su contemplación de manera conveniente y esta disposición es condición de posibilidad para alcanzar la profundidad del sentido presente en la realidad y el consiguiente *gaudium veritatis* que la contemplación permite. Las relaciones interpersonales se ordenan en la castidad, la mansedumbre, la humildad. Por ésta dirigimos sobre los demás una mirada fraterna y somos capaces de reconocer, dice Santo Tomás, *id quod est Dei in ipso* [25] y gozar entre otros dones del don de la amistad.

Afirma por otra parte, que el hombre a diferencia de los animales puede alegrarse *propter convenientia sensibilium*.[26]; es capaz de apreciar y gozar de la belleza sensible, lo cual también entra en la órbita de la virtud de la templanza.

Verdad, Bondad, Belleza, son nombres participados del Ser que enriquecen y alimentan interiormente al sujeto a través de una relación ordenada con el mundo que involucra al hombre entero. La templanza incluso nos predispone a la plenitud de la experiencia humana, *finalidad y norma de la templanza es la felicidad eterna*[27], dice Santo Tomás. Y en las

---

[19] J. Pieper, *Las virtudes fundamentales*, Madrid, Rialp, 1976, p. 226
[20] S.Th. II-II, 157; 158
[21] S. Th. II-II, 161; 162
[22] S. Th. II-II, 166; 167
[23] Cfr. In Div. Nom,735
[24] S. Th. II-II, 141, a. 4
[25] S. Th. II-II, 161, a 3, sol
[26] S. Th. II-II, 141, a.4 ad 3
[27] S. Th. II-II, 141, a.6, ad 1. “Sic igitur temperantiae ipsius finis et regula est beatitudo, sed eius rei qua utitur,

Sagradas Escrituras la Bienaventuranza aparece a veces bajo la figura del Banquete de Bodas, imagen que bien mirada esconde las dos formas específicas de la templanza[28].

Los hábitos buenos son de ese modo una *habilitatio ad recipiendum*[29] las cualidades de lo real para enriquecernos con ellas. *Para la antigua filosofía –para Platón, Aristótles, San Agustín, Santo Tomás- (…) el espíritu es poder de relación a la totalidad de las cosas existentes.*[30] Pero puede ocurrir que la mirada del hombre se recorte por la intemperancia que lo hace captar de lo real sólo su aspecto instrumental. Relacionarnos insípidamente con los seres es para Santo Tomás hacerlo desde un desorden interior que no refleja el orden creado y que depende de una consideración distorsionada de lo que es. Los que se relacionan insípidamente lo hacen así a causa de un embotamiento provocado por la intemperancia que se denomina *hebetudo sensus* que involucra incluso la disminución de la agudeza intelectual provocando la *caecitas mentis*[31], que aparece también como *hebetudo mentis*[32].

Reducir la capacidad espiritual de apertura al mundo debido a una mirada recortada por el desorden en la búsqueda de la conservación ha sido una de las consecuencias del imperativo de la instrumentalización y el dominio. Pues: *Quien quiere perdurar y subsistir no debe prestar oídos al llamado de lo irrevocable (…) Frescos y concentrados los trabajadores deben mirar hacia delante y despreocuparse de lo que está a los costados. El impulso que los induciría a desviarse es sublimado –con rabiosa amargura- en el esfuerzo ulterior. Se vuelven prácticos. Los mismos vínculos con los cuales se ha llegado irrevocablemente a la praxis mantienen a las sirenas lejos de la praxis.* Las "sirenas" son símbolo en nuestro contexto, del aura, del más allá, de la presencia de lo infinito. *Esta regresión no se limita a la experiencia del mundo sensible, que está ligada a la proximidad física, sino que concierne también al intelecto dueño de sí, que se separa de la experiencia sensible para someterla. La unificación de la función intelectual, por la que se cumple el dominio sobre los sentidos, la reducción del pensamiento a la producción de uniformidad, implica el empobrecimiento tanto del pensamiento como de la experiencia;(…)* El empobrecimiento se debe al hipertrofiado uso instrumental de la razón no sólo sobre el mundo sino también sobre el propio cuerpo. *Cuanto más complicado y más sutil es el aparato social, económico y científico, al cual el sistema de producción ha adaptado hace tiempo al cuerpo que lo sirve, tanto más pobres son las experiencias de las que este cuerpo en capaz. La eliminación de las cualidades, su traducción*

---

finis et regula est necessitas humanae vitae, infra quam est id quod in usum vitae venit."

[28] Mt 25, 1-13; 26, 29; Ap 21,9; Ct 5-8; Am 9, 13-14; Is 25, 6; Is 61, 10-62,5; Jr 31,10-14

[29] C.G. I, 56

[30] J. Pieper, *El ocio y la vida intelectual,* Madrid, Rialp, 1979, p 111

[31] S. Th. II-II, 15,3

[32] S. Th. II-II, 148, 6

en funciones, pasa de la ciencia, a través de la racionalización de los métodos de trabajo, al mundo perceptivo de los pueblos, y asimila éste de nuevo al de los batracios. Los batracios han reducido el mundo de la experiencia a sus necesidades de supervivencia y expulsan de su horizonte de percepción a lo que no facilite su satisfacción o no constituya una amenaza. *La regresión de las masas consiste hoy en la incapacidad de oír con sus propios oídos aquello que aún no ha sido oído, de tocar con sus propias manos algo que aún no ha sido tocado, la nueva forma de ceguera que sustituye a toda forma mítica vencida.* [33]

Dominio, soberbia, cosificación, avidez y todas las características que presentamos como propias de la mirada técnica, del instinto descalabrado por una visión de lo real en donde no se aprecia un orden dado, creado, sino que éste aparece como un material plástico y amorfo, «mediatizan», aíslan, *separan*, «hacen ruido» en la relación del hombre con el mundo, obstaculizando su captación de las cualidades más ricas de los seres, condenándolo al vacío y a la pobreza interior.

4. Pérdida de la conciencia del empobrecimiento de la experiencia humana

No duermas, artista, no duermas.(…)
Eres el azote de la eternidad, prisionero del tiempo
Boris Pasternak

El gran problema de nuestra época es la posibilidad de que el hombre se torne incapaz de reconocer su pobreza. Vivimos tan fuera de nosotros mismos en las horas de trabajo y de ocio que se nos hace difícil entrar en contacto con nuestro vacío interior. Nos formamos desde pequeños mediante educación excesivamente técnica e instrumental que embota nuestra capacidad de recepción de lo que está más allá, de lo que vale por sí. El acatamiento a las demandas del sistema, la persecución de valores engañosos y superficiales con que nos tienta la industria del espectáculo, nos ponen fuera de foco en relación a las necesidades genuinas de nuestra naturaleza. La aceleración que atraviesa tanto el imperativo de eficiencia en el ámbito laboral como de distracción en el *zapping* en que se han convertido nuestros momentos de ocio, revela que hemos sido absolutamente obedientes a los consejos de Schopenhauer para evadir el sinsentido deshumanizante en que se ha convertido la vida [34].

---

[33] Max Horkheimer-T.W. Adorno, *Dialéctica del Iluminismo*, pp, 50-54. Lo que no está en bastardilla es comentario nuestro.

[34] Cfr. *El mundo como voluntad y representación*, Madrid, Aguilar, 1950, 342 y ss

Padecemos un cierto embotamiento intelectual y afectivo que nos paraliza para crecer como hombres. Pues si bien es cierto que *el bien y la inclinación al bien se siguen de la misma naturaleza*[35], es verdad también que la afectividad se enciende sólo frente a lo que aparece como bueno, *sub ratione boni*[36]. Pues *actus voluntatis nihil aliud est quam inclinatio quaedam consequens formam intellectam*. [37] La voluntad se mueve por la atracción que sobre ella ejercen los seres.[38] Pero mientras nuestra sensibilidad esté teñida por la intemperancia a la que es empujada por las características a las que la somete el mundo de la vida, nuestra experiencia será pobre y pobres nuestras ambiciones en el terreno de lo humano. La posibilidad de una suerte de experiencia *natural* de la vocación del hombre a lo sagrado retrocede de nuestro horizonte vital.

¿Cómo salir de este círculo vicioso?

Es difícil saberlo. Quizás desde la educación formal y familiar la promoción de espacios serenos donde se pueda acceder a una riqueza de la experiencia estética, intelectual, religiosa, fraternal, haría posible gustar al hombre de otra cara de la realidad, lo ayudaría a ingresar en las filas de los que *sapienter*, no se conformen en adelante con menos y cuyo saber incluya que la percepción la riqueza de lo real no es posible en cualquier escenario. Que lejos de las promesas nunca cumplidas de «felicidad fácil» que ostentan los valores y el ritmo de la organización actual, recuerden que *res severa verum gaudium*.[39] Sólo en la adecuación a lo real, como enseña Santo Tomás, se encuentra la posibilidad de una plenitud de la experiencia.

Marisa Mosto

---

[35] Ver. 16, 3 ad 2 …"bonum et inclinatio ad bonum consequitur ipsam naturam"
[36] S. Th. I-II, 94,2
[37] I, 87,4
[38] In Div. Nom, 439 …"voluntas enim nostra non est causa rerum, sed a rebus movetur "
[39] Cfr. M. Horkheimer-TW. Adorno, *Dialéctica del Iluminismo*, p.170